

ARNALDUR INDRIDASON

SERIE ERLENDUR SVEINSSON

Rosas muertas



A los pies de la tumba de Jón Sigurðsson, el histórico héroe de la independencia islandesa, yace el cadáver de una joven desnuda. Nadie sabe quién es ni por qué la han abandonado en un lugar tan emblemático rodeada de flores. La policía ha averiguado que era drogadicta y que abusaron de ella.

Al frente de la investigación, Erneldur Sveinsson va a ir descubriendo que la chica tan solo es una pieza más en un juego de corrupción, negocios turbios y afán desmedido de poder.

¿Dónde se perdió el color de tus días?
Y los versos que corrían
de un sueño a otro por tu sangre,
¿en qué tempestad cayeron?
¡Oh, pequeño! ¡Y tú que te creías portado
por la milagrosa fuerza inagotable
del pozo que alberga tu pecho!
¿Dónde...?

Nostalgia,
JÓHANN JÓNSSON
(1896-1932)

1

Encontraron el cadáver en la tumba de Jón Sigurðsson, el héroe de la independencia, en el cementerio de la calle Suðurgata. Ella lo vio antes que él porque estaba sentada encima.

Después de salir del hotel Borg, habían subido por Suðurgata caminando de la mano. Él la abrazó y la besó. Ella le devolvió los besos, primero con dulzura y luego con una pasión creciente que desembocó en puro frenesí. Habían salido del hotel hacia las tres y se habían abierto paso entre la muchedumbre del centro. Era junio, poco después del día más largo del año, y hacía un tiempo espléndido.

La había invitado a cenar en el Borg. Todavía no se conocían muy bien. No era más que su tercera cita. Ella era accionista de una empresa de *software* de la que él también poseía una parte. Desde siempre habían sido unos cerebritos de la informática y se habían caído bien nada más conocerse. Al cabo de unas semanas, él tomó la iniciativa y le propuso verse fuera del trabajo e invitarla al Borg. Repitieron el encuentro en un par de ocasiones y, desde el momento en que se sentaron a la mesa aquella noche, se palpaba en el ambiente que la velada no terminaría como las otras, cuando él la llevara a casa y se despidieran. Ninguno de los dos había cogido el coche. Ella le sugirió por teléfono que podrían ir andando a su casa después de cenar para tomar un café. «¡Conque un café!», pensó él con una sonrisa.

Estaban acalorados y sudorosos después de haber bailado en el Borg. Ella, rubia, delgada, con la cara redonda y el pelo corto, lucía un elegante conjunto de color beis con las medias a juego. Por su parte, él llevaba un pañuelo de seda alrededor del cuello, lo cual a ella le pareció un detalle un tanto vanidoso, y un traje de Armani que se había comprado unos días antes en una *boutique* para impresionarla. Y lo había conseguido.

A él le sorprendió que, después de cruzar el centro, le hubiera sugerido cruzar el cementerio de Suðurgata para atajar hasta su casa. Él se vio en apuros al besarla cuando se le crearon problemas de espacio bajo los calzoncillos, y temía que ella lo hubiera notado. Y, en efecto, no le pasó desapercibido. Ella se acordó de las fiestas del instituto, cuando los chicos que la sacaban a bailar tenían siempre una erección. «Qué poco les hace falta a los pobres», pensó ya en aquel entonces, y volvió a pensarlo en esa ocasión. Apenas había un alma en Suðurgata. Saltaron el muro de la sección noreste del cementerio, donde yacía la familia Thoroddsen. Mientras bordeaban tumbas y lápidas, él puso todo su cuidado en que no se le estropeará el traje recién comprado.

Además de honorables ciudadanos del pasado, en el camposanto descansaban también proletarios, poetas, funcionarios, comerciantes con apellidos de ascendencia danesa, políticos y bandidos. Para ella, el cementerio era como un remanso de paz en medio del bullicio urbano, un oasis verde en pleno verano. Aunque había entrado con la intención de acortar el camino, de pronto se le pasó por la cabeza otra idea. La noche era cálida y luminosa; llevaba unas copas de más y, viendo que él estaba más que dispuesto, le sugirió sentarse un rato a descansar. Ella leyó en su cara una expresión de estupefacción. No era que le hubieran entrado ganas porque se encontraran en un cementerio. No era esa clase de persona. Por el amor de Dios, los cadáveres no le despertaban esa clase de instintos. Sin em-

bargo, en más de una ocasión había sentido el deseo de hacerlo en plena naturaleza, bajo el sol de la noche estival; más tarde tendría que explicárselo a aquel desagradable agente de la Policía Judicial: Erlendur. «Allí estábamos tan tranquilos —se justificaría—, y un cementerio es, de algún modo, un entorno natural».

En realidad, al hombre no le hizo falta pensárselo dos veces, aunque por un instante sí le vino a la mente el dinerol que le había costado su traje nuevo. Se tumbaron sin desvestirse sobre la hierba, al abrigo de un árbol. Ella le bajó la cremallera del pantalón, se quitó la ropa interior y se sentó encima. «Joder, qué raro hacerlo rodeado de muertos», pensó él. «Mi amado esposo —leyó ella en la lápida cubierta de musgo que tenía enfrente—. Descanse en paz».

La mujer no vio el cuerpo de inmediato. Pasado un momento, apenas un minuto o dos, le pareció escuchar un sonido distante y se volvió rápidamente hacia el lugar de donde procedía. Ahogó los gemidos del hombre con la mano y aguzó el oído sentada sobre él, completamente inmóvil. Escudriñó los alrededores y le pareció ver que alguien salía corriendo por una de las verjas del cementerio. Giró levemente la cabeza hacia la derecha y recorrió el recinto con la mirada hasta detenerla en un bulto blanco medio enterrado en el suelo.

Se levantó y se puso la ropa interior. Él se subió la cremallera de la bragueta antes de que lo asaltara una nueva erección.

—¿Qué pasa? —susurró él.

—Ahí hay alguien —respondió en voz baja, angustiada—. Vámonos de aquí.

Caminaron a paso lento hacia el lado oeste del cementerio. Sin apartar la mirada del bulto blanco, ella lo señalaba mientras se preguntaban qué podía ser y ambos se debatían entre acercarse para verlo de cerca o continuar su camino a casa.

—Vale —dijo él.

—Vale, ¿qué? ¿Que le echemos un vistazo?

—No, que vayamos a tu casa.

—¿No será...? ¿Un cadáver? ¿Crees que podría serlo?

—No alcanzo a verlo.

Ella se moría de curiosidad. Más tarde desearía no haberse entrometido, pero en ese momento no contemplaba la opción de quedarse de brazos cruzados. ¿Y si era alguien que necesitaba ayuda? Seguida del hombre, se dirigió hacia el bulto blanco, que aumentaba de tamaño a medida que se aproximaban. Ella soltó un jadeo al ver de qué se trataba.

—Es una chica —murmuró, como si estuviera hablando consigo misma—. Una chica desnuda.

Se acercaron hasta llegar al cuerpo.

—¿Está muerta? —preguntó él—. ¿Hola? ¿Hola? ¡Muchacha! ¿Hola?

A ella le pareció que él actuaba como estuviera llamando a una camarera. Ya le había visto aquel gesto en el hotel Borg. Había levantado la mano y había llamado a una de las chicas en mitad de la sala. La había hecho sentirse incómoda, como si con ello hubiera tratado de seducirla. En ese momento se lo había dejado pasar, pero allí, en el cementerio, no estaba dispuesta.

No cabía duda de que la joven estaba muerta. Lo veía y lo sentía. Se acercó y se agachó para examinar su cara: una espesa capa de sombra de ojos azul oscuro, las cejas negras, las mejillas cargadas de colorete, los labios pintados de un rojo intenso. Como mucho acababa de cumplir veinte años. Tenía los ojos cerrados.

Todo en la joven estaba muerto. Enclenque y pálida, yacía de lado, ligeramente encogida, de espaldas a ellos. Sus brazos, delgados como los tallos de una flor, reposaban junto a la cabeza. Tenía las piernas largas y esbeltas, y se le marcaban tanto las costillas que podían contarse. Su pelo negro y sucio le caía sobre los hombros. En una de sus nalgas se apreciaba una mancha roja, una J tatuada.

Pasaron un momento en silencio junto al cadáver, cada cual sumido en sus pensamientos. «Pobre chica», se decía ella. «Vete olvidando del café esta noche», se mentalizaba él.

—¿Te has fijado en quién es? —preguntó ella.

—¿Yo? ¡Pero si no la conozco de nada! —respondió sorprendido—. ¿Cómo se te ha podido ocurrir?

—No digo la chica, sino él —lo corrigió mientras señalaba la lápida—. Jón Sigurðsson. El honor, la espada y el escudo de Islandia. Jón el Presidente.

El cadáver se hallaba sobre la tumba del héroe de la independencia. La parcela estaba bordeada por una pequeña verja de hierro pintada de negro. La columna conmemorativa, de mármol ocre, medía unos tres metros de altura. En el centro del monumento había una placa circular con el perfil en relieve de Jón el Presidente. A ella le dio la impresión de que el célebre personaje los miraba desde arriba con desprecio. Los empleados del cementerio procuraban mantener la parcela limpia y decorada con flores. Solo habían pasado unos días desde el 17 de junio y todavía no habían retirado la gran corona de flores que, como cada año, el presidente del consejo municipal había depositado sobre la tumba durante la mañana del día nacional de Islandia. El cuerpo de la chica, blanco y desnudo, descansaba en un mar de flores que habían comenzado a marchitarse. En el aire flotaba un ligero olor a descomposición.

—¿Llevas el móvil? —preguntó la mujer.

—No, no lo he cogido.

—Creo que yo llevo el mío —dijo mientras sacaba un diminuto teléfono de su elegante bolso y se disponía a llamar—. Oye, ¿cuál es ahora el número de la policía? No hacen más que cambiarlo. ¿Sigue siendo el 11166 de toda la vida o ahora hay que llamar al nuevo 112?

—Ni idea —respondió él.

«Pero ¡mira que llega a ser desustanciado! —pensó ella—. Está en Babia».

—Voy a probar con el 112 —decidió.

Marcó el número.

—Emergencias.

De repente, se ofuscó. Pensó que su número quedaría registrado. Hasta los móviles más simples podían almacenar una o varias decenas de llamadas. «La línea de emergencias debe de contar también con un sistema parecido», supuso. No estaba segura de querer verse involucrada en el hallazgo de aquel cadáver más allá del mero hecho de haberlo descubierto.

—Emergencias —repitieron.

—Emmm, he encontrado el cadáver de una chica en el cementerio de la calle Suðurgata, en la tumba de Jón Sigurðsson —anunció—. Sí, el cementerio de Hólavallagarður —aclaró antes de colgar.

Pero sabía perfectamente que eso no era todo. Pensó en el hombre que había visto salir por la verja, no muy lejos de la tumba de Jón Sigurðsson. Sabía que se había convertido en una testigo y no le hacía ninguna gracia. Volvió a sacar el móvil.

—Emergencias —respondieron de nuevo.

2

El teléfono atronó.

Al inspector de la Policía Judicial Erlendur Sveinsson, hombre divorciado y solitario de unos cincuenta años, le sacaba de quicio que lo despertaran en plena noche, especialmente cuando le había costado dormirse, como era el caso. El condenado sol de medianoche lo había mantenido en vela hasta muy tarde. No sabía cómo remediar el problema. Había intentado que su dormitorio no fuera invadido por la claridad nocturna mediante unas gruesas cortinas, pero la luz se las arreglaba para filtrarse igualmente. En su último intento, había hecho de tripas corazón y se había comprado un antifaz. Había visto a las mujeres elegantes de las películas emplear tanpreciado objeto y de ahí le vino la idea. Pero, como no sabía de dónde podía obtener uno, le preguntó a Elínborg, una de sus compañeras de trabajo.

—¿Un antifaz? —repitió, sorprendida.

—Ya sabes, uno de esos para taparte los ojos —especificó Erlendur en voz baja.

—¿Quieres decir como los que llevan las mujeres en las películas? —le preguntó ella mientras se regodeaba viendo cómo Erlendur se retorció de vergüenza.

—Es por el sol de las narices —le explicó él.

Elínborg no pudo resistir la tentación y le recomendó una corsetería en la calle Laugavegur. La dependienta, una mujer mayor de mirada severa, le preguntó para qué quería un antifaz. Allí no vendían esa clase de artículos.

—¿A qué tipo de antifaz te refieres? —inquirió con una voz atronadora que resonó por toda la tienda—. ¿Como los que llevan las mujeres en las películas?

Al regresar al despacho, Elínborg ya se había marchado, pero le había dejado sobre la mesa una nota con un antifaz debajo. Su compañera no se había podido contener y le había comprado uno de satén rosa con delicados bordados blancos.

Sin embargo, el remedio fue peor que la enfermedad. Erlendur se puso el antifaz después de haber cerrado bien las cortinas y haberse tumbado en la cama. Pero la goma le apretaba alrededor de su enorme cabeza y le hacía daño. Además, siempre se lo colocaba mal y, cuando por fin conseguía ajustarlo, la luz se colaba por el hueco que quedaba entre la tela y su prominente nariz. Tras una pérdida de tiempo considerable, había logrado conciliar el sueño y quedarse dormido como un bendito.

Cuando el teléfono comenzó a sonar, le pareció que solo había dormido durante una fracción de segundo. Era Sigurður Óli, su compañero de la Policía Judicial.

—Han encontrado un cadáver en el cementerio de la calle Suðurgata —anunció Sigurður Óli, a quien también habían despertado. Ambos trabajaban codo con codo. Ningún otro miembro de la Judicial se habría atrevido a llamar a Erlendur a esas horas de la noche.

—¿Y en qué otro sitio quieres que haya un cadáver? —respondió Erlendur con un humor de perros, sin entender por qué no veía ni torta aun sabiendo que tenía los ojos abiertos. Palpó a su alrededor hasta que dio con el antifaz y se lo quitó. Miró el reloj: había dormido una hora.

—Bueno, es que no se trata de un cadáver enterrado, es el cuerpo de una joven. ¿Quieres saber dónde la han encontrado? —preguntó Sigurður Óli.

—Pues en el cementerio. ¿No me lo acabas de decir?

—En la tumba de Jón Sigurðsson, el Presidente. El honor, la espada... y todo eso.

—¿Jón el Presidente?

—Por lo que me ha parecido entender, alguien la ha dejado en la tumba de Jón. Está desnuda y la mujer que la ha encontrado dice que ha visto a un hombre salir corriendo por la verja poco antes de descubrir el cadáver.

—¿Por qué Jón el Presidente?

—¡Eso digo yo!

—¿No se llamará Ingibjörg?

—¿Quién? ¿La testigo?

—No, la chica.

—Desconocemos su identidad. ¿Por qué Ingibjörg?

—Tú siempre tan ignorante —le recriminó Erlendur, todavía de mal humor—. La esposa del Honor de la nación se llamaba Ingibjörg. ¿Llamas desde el cementerio?

—No. ¿Te paso a buscar de camino?

—Cinco minutos.

—¿Qué tal el antifaz?

—¡Cierra la boca!

Erlendur vivía en un pequeño apartamento de la zona más antigua del barrio de Breiðholt, en las afueras de Reikiavik. Se había mudado allí después de su divorcio, muchos años atrás, y a veces sus dos hijos, ambos en la veintena, le hacían una visita cuando necesitaban un lugar donde refugiarse. Su hija era drogadicta y su hijo alcohólico. Erlendur había hecho todo lo posible por ayudarlos, pero tras sus reiteradas tentativas, había dado la batalla por perdida. Finalmente se había aferrado a una filosofía muy simple: la vida debe seguir su curso. Cuando sus hijos lo fueron conociendo mejor, enseguida se dieron cuenta de que su madre les había mentado cada vez que lo ponía verde en su presencia y se lo describía como un monstruo. El divorcio lo había convertido en el peor enemigo de su exmujer y, al mismo tiempo, de sus hijos.

Cuando llegaron al cementerio, la policía había acordado la zona con cinta amarilla y había cortado el tráfico de la calle Suðurgata. Los perros rastreadores olisqueaban los alrededores de la verja. Un grupo de trasnochadores que volvía a casa después de salir de fiesta observaba la escena en la distancia. Los miembros de la Científica examinaban la tumba de Jón el Presidente. Uno de ellos fotografiaba el cadáver desde distintos ángulos. También había llegado un grupo de periodistas que fotografiaba todo lo que pasaba por delante de sus cámaras, pero la policía los mantuvo fuera del cementerio. Eran más de las cuatro de la madrugada y el sol brillaba en lo alto del cielo. En la calle Suðurgata se alineaba una fila de coches patrulla y ambulancias cuyas luces apenas se veían debido a la intensa claridad nocturna.

Cuando Erlendur y Sigurður Óli se acercaron a la tumba, los recibió un leve olor a descomposición procedente de la corona de flores y los ramos que habían dejado con motivo de la celebración del día nacional. La luz del sol matutino bañaba el cuerpo pálido y huesudo de la joven. Nadie había movido el cadáver. Elínborg y Porkell, compañeros de Erlendur y Sigurður Óli, se hallaban junto a la chica.

—Aquí hay muchos hilos de los que tirar —anunció Erlendur sin dar los buenos días—. ¿Alguien sabe algo?

—No conocemos su nombre, pero el médico la acaba de examinar y baraja ya algunas hipótesis —le informó Elínborg—. Todo apunta a un caso de homicidio.

Un hombre inclinado sobre el cadáver se puso en pie. De la edad de Erlendur, lucía una espesa barba y unas gafas de pasta. Erlendur sabía que atravesaba una mala época: su mujer había fallecido a causa de un cáncer dos años atrás. Habían trabajado mucho juntos y se llevaban muy bien, pero nunca habían hablado de sus asuntos personales. Erlendur procuraba entrometerse lo menos posible en la vida de los demás. Ya tenía bastante con la suya y las de sus seres queridos.

—Evidentemente, aún debo examinarla en profundidad, pero me atrevería a decir que ha muerto ahogada. Puede que también la hayan violado y agredido. Me ha parecido distinguir restos de semen en la vagina, pero no se aprecian indicios visibles de violencia por ahí abajo.

—¿Por ahí abajo! —farfulló Elínborg.

—Se pinchaba —continuó el médico—. Puede que llevara tiempo haciéndolo. Se observan marcas en los brazos y en otros lugares. Sin duda se detectarán drogas en los análisis de sangre. Heroína, intuyo. Su cuerpo todavía no se ha enfriado, así que habrá fallecido hace cosa de una hora o una hora y media, pero no más.

—Será una chica de la calle —supuso Elínborg—. Seguramente se prostituía.

—Lleva un maquillaje espantoso —reparó Porkell.

—¿Hay alguien que haya denunciado la desaparición de una chica de su edad? —preguntó Erlendur.

—En nuestros registros no aparece nada —respondió Elínborg—. En caso de que nos hallemos ante la clásica tragedia, quizá la chica se fue de casa hace unos años, viviera o no en un hogar feliz, y pasó un tiempo en la calle ejerciendo la prostitución hasta que encontró algún refugio, la metieron en un centro de acogida de menores o la enviaron a terapia. Después regresó a la calle, retomó la prostitución para poder pagarse las drogas y vuelta a empezar. Conocemos muchos casos similares. Puede que cometiera robos u otros delitos menores. Y no hablo de una clientela especialmente exquisita, sino de una panda de viejos babosos. Estoy segura de que guardamos un extenso archivo sobre ella en nuestros ordenadores. Solo hay que encontrarlo.

Los cuatro observaron al médico mientras examinaba el cuerpo. Ninguno de ellos, salvo quizá Erlendur, tenía experiencia con homicidios de verdad, pero trataban de estar a la altura de las circunstancias. Los pocos asesinatos que tenían lugar en Reikiavik se cometían en estado de embriaguez y se resolvían rápidamente, se arrestaba al desventu-

rado criminal y se le enviaba a la cárcel de Litla-Hraun. A veces tardaban unos días en encontrar al asesino, que solía terminar entregándose, o daban con él tras una breve investigación. En cualquier caso, siempre lo encontraban. En las últimas décadas, los homicidios premeditados, cometidos a sangre fría y sin dejar huellas habían sido escasos, por no decir inexistentes. Pero cuando se trataba de desapariciones, ocurría lo contrario: eran muy frecuentes y nunca se resolvían.

—El Honor de la nación no estará muy contento —comentó Erlendur levantando la mirada hacia el perfil verdoso de Jón Sigurðsson, en la columna de mármol.

—¿Qué tiene que ver él en todo esto? —preguntó Elínborg.

—Dudo mucho de que la chica esté aquí por mera casualidad.

—Puede que se llame Ingibjörg, como decías —sugirió Sigurður Óli.

—¿Por qué Ingibjörg? —preguntó Þorkell.

—La mujer de Jón se llamaba Ingibjörg —respondió Sigurður Óli con ínfulas de sabiduría.

—Pero ¿no se llamaba Áslaug? —cuestionó Þorkell.

—¡Áslaug! —exclamó Erlendur—. ¿Cómo que Áslaug?

—Ah, ¿era Ingibjörg? —rectificó Þorkell, cambiando súbitamente de opinión.

—Dios mío de mi vida —suspiró Erlendur.

—¿Qué es eso que tiene en el trasero? —preguntó Sigurður Óli mientras se agachaba—. A lo mejor estaba enamorada de algún chico cuyo nombre empezaba por J —se respondió a sí mismo—. ¿Dónde se puede hacer uno un tattoo? Un tatuaje, quiero decir. No es que haya muchos tatuadores en Reikiavik.

—Igual se llama J-algo —opinó Þorkell.

—O sea, que según tu consabida capacidad deductiva, la chica es de Reikiavik, no ha salido en su vida de la capital